

Bases para la convivencia escolar

Reme Rodríguez Beltrán
Maestra y educadora social

"Crear una utopía distinta, la utopía contraria, una nueva utopía de la vida, donde sea cierto el amor y la felicidad, como una segunda oportunidad sobre la tierra y esa es la fuerza de la educación". Gabriel García Márquez

Pensar y trabajar en clave de convivencia es uno de los retos de la escuela actual. La educación es el elemento que mejor contribuye a la creación de una sociedad cohesionada y desarrollada. A través de la misma se construyen valores y actitudes de respeto y convivencia en una sociedad diversa y plural.

La escuela aporta conocimientos, pero fundamentalmente propicia comunicación y formas de relacionarse en las que la generosidad, las emociones y los sentimientos deben ser los elementos que las rijan.

Las relaciones que se establecen entre los miembros de la comunidad educativa humanizan la escuela. Mejorar la convivencia de esa comunidad es un factor que va a garantizar el éxito de los procesos de enseñanza/aprendizaje y va a ser un factor fundamental de calidad. Y aunque, hoy por hoy, hay una mayoría de centros que tienen un proyecto de convivencia aprobado por su Consejo Escolar y ven la necesidad de mejorar el clima de convivencia, es difícil encontrar la forma de implementarlo y hacerlo realidad con todo lo que ello conlleva.

Se trata de tomar conciencia, por parte de todos los miembros de la comunidad, de la necesidad de construir colectivamente un lugar donde vivir todos juntos en armonía y donde los valores de empatía y solidaridad predominen frente a los de competencia y rivalidad. Un lugar donde cada uno de nosotros tenga su sitio y aporte en función de sus potencialidades y posibilidades.

Nuestras escuelas deben ser una herramienta de aprendizaje solidario, de pensamiento divergente y crítica constructiva; pero para ello necesitamos grandes dosis de compromiso e implicación, de coherencia y generosidad, de responsabilidad ciudadana, de conciencia colectiva y comunitaria. La comunidad es la que educa, la que

transmite cultura y valores; por eso ella es la responsable última de su formación.

Es necesario establecer un diálogo fluido entre la comunidad educativa que favorezca procesos de análisis y reflexión sobre las necesidades del centro, la participación de todos los implicados en la gestión y su organización para mejorar la toma de decisiones, la innovación y el avance constante del proyecto común que tenemos entre manos.

Optimar la convivencia escolar implica el desarrollo de un proyecto global de centro y la planificación de una cultura organizativa basada en un modelo inclusivo y humanista. Todos caben, son bien recibidos y respetados, no hay lugar para la violencia o la discriminación; no son posibles los prejuicios y las etiquetas o las actitudes paternalistas en ninguna dirección; ni del profesor hacia los alumnos y sus familias, ni de éstas hacia el profesorado u otras familias.

Esta línea de trabajo debe sustentarse en un modelo de trabajo que este dirigido a la corrección de todo aquello que nos dificulta para ser más persona y nos resta como seres humanos y debe ir acompañado de medidas que fomenten la mediación y prevención de los conflictos.

Esta concepción debe impregnar los contenidos curriculares y sobre todo, las actitudes del equipo docente, utilizando metodologías que propicien la cooperación y el reconocimiento de las potencialidades de cada alumno y abriendo cauces de participación para todos los miembros de la comunidad educativa, especialmente de las familias.

El educador debe ser ejemplo de actuación y portador de valores; transmitiendo

respeto y afecto, entusiasmo, responsabilidad y actitud abierta y crítica ante la sociedad actual. Si el profesorado mantiene actitudes de prejuicio, clasismo y discriminación, sus alumnos reproducirán esas mismas actitudes en sus relaciones con los iguales en el aula.

Es notorio el papel que puede desempeñar el maestro en el desarrollo emocional y social de los alumnos; su intervención es fundamental para ayudar al niño a bus-



car una meta adecuada, guiándoles para que ellos mismos elaboren su propio proyecto de vida.

El clima escolar de un centro, lo representa. La atmósfera que se respira entre sus paredes tiene que ver con las interrelaciones que se establecen entre los distintos actores, los objetivos establecidos y sus señas de identidad. En definitiva, define la personalidad del centro.

Un clima escolar positivo implica que el centro sea un espacio donde todos, profesores y padres, trabajen unidos para que el alumno alcance el éxito escolar y social, disfrute de un bienestar personal, le dé sentido a sus aprendizajes y se eduque en valores de convivencia y respeto.

Un buen clima escolar de un centro educativo se caracteriza por unas buenas relaciones entre los docentes, relaciones de cooperación y ayuda mutua; unas buenas relaciones profesor-alumno que favorezca la autoestima del mismo y por lo tanto su rendimiento escolar. Unas buenas relaciones entre iguales que mantengan un clima de aula favorecedor de los aprendizajes, dote a los alumnos de las competencia y destreza social y ciudadana y una buena interacción con las familias que permita una intervención consensuada y coordinada con el alumnado.

El clima del aula es un elemento clave para que se produzca el proceso de aprendizaje, favoreciendo la cohesión del grupo, la confianza entre todos y reduciendo factores de riesgo que conduzcan al menosprecio de cualquiera de los miembros del grupo. Debemos proporcionar a nuestros alumnos un ambiente de seguridad basado en factores de protección. Las aulas seguras procuran a sus miembros un buen proceso de enseñanza-aprendizaje con la confianza de que todos los alumnos alcancen el éxito escolar, impulsan las relaciones positivas y promueven la participación significativa de los padres y la comunidad.

La importancia que tienen los valores en la formación de la personalidad y en su desarrollo es un aspecto que no se discute y se ha puesto un especial interés en lo que se refiere a la unidad de lo afectivo, lo cognitivo y lo conductual.

En la formación de valores influyen las emociones y reflexiones que el niño experimenta en sus relaciones con los otros, por lo que la escuela contribuye, en gran medida, a que vaya asumiendo papeles adecuados, y es en el aula donde se materializa la vivencia del grupo, como tal.

El clima del aula es el reflejo subjetivo de la atmósfera emocional del grupo. Por eso la cohesión del mismo

es uno de los factores más importantes para lograr un clima de aprendizaje propicio. El aula puede ser el marco de identidad del grupo, de implicación personal.

El tutor debe trabajar y dinamizar el grupo para que vaya constituyéndose como tal y adquiriendo cohesión, un grupo de trabajo que sea capaz de cooperar y mantener unas relaciones sanas entre sus miembros. Crear en el aula un clima en el que los chicos y chicas se reconozcan como personas; y quieren cooperar para alcanzar sus metas desde el respeto activo, la confianza y la igualdad. Hemos de aceptar los conflictos y las discusiones, para reflexionar sobre ellos y que el grupo crezca a nivel personal y colectivo. Debemos permitir la libre expresión y comunicación y potenciar la espontaneidad. Facilitar y propiciar diversas posibilidades de ir del yo al nosotros, sin que la individualidad se diluya en lo colectivo.

Nosotros como educadores debemos estar dispues-

tos a ponernos en el lugar de cada uno de los niños, a observar nuestras propias actitudes en forma autocrítica, a vincularnos afectivamente con ellos y a acompañarles en las dificultades transformando creativamente los conflictos, así tendremos los elementos necesarios para crear un buen clima en el aula. El diálogo como herramienta para resolver los conflictos. Y para ir fomentando todas estas actitudes en los niños, tendremos en cuenta que un gesto de aprobación es mucho más fructífero que un reproche. La aceptación y el afecto incondicional son las herramientas para permitir a cada niño alcanzar el desarrollo de su potencial, dentro de un clima de respeto

*Como educadores
debemos estar dispuestos
a ponernos en el lugar de
cada uno de los niños, a
observar nuestras propias
actitudes en forma
autocrítica, a vincularnos
afectivamente con ellos y
a acompañarles en las
dificultades*

mutuo.

Si educamos con paciencia, amor y constancia lograremos niños seguros y motivados en el aula y contribuiremos a que en el hogar y en su entorno inmediato sean más tolerantes y empáticos. Conseguiremos desarrollar en ellos capacidad de escucha, confianza en sus capacidades, sinceridad y compañerismo.

Dar cabida a las familias en el aula y permitir que los alumnos transmitan su vida familiar y experiencias fuera del aula facilita la sensación de bienestar de todos. Con demasiada frecuencia, la escuela mira a las familias con recelo y desconfianza. Las relaciones familia/escuela son tensas, no están suficientemente definidas las competencias de la institución familiar y escolar. El centro no debe limitarse a dar información a las familias, debe ofrecer verdaderos cauces de participación en el proyecto educativo implicando a las familias en el proceso de aprendizaje de sus hijos.